

Julio Ardiles Gray

EGLOGA
FARSA Y
MISTERIO



Ediciones Jano
Tucumán MCMLXI

014833

Julio Ardiles Gray

E G L O G A
F A R S A Y
M I S T E R I O

BIBLIOTECA DE LETRAS.

Donación
de Inés y David
Lagmanovich

Ediciones Jano
Tucumán MCMLXI

NOTICIA

La Farsa del Doctor Gañote fue estrenada por el Elenco Estable de la Peña El Cardón, de Tucumán, el 25 de Junio de 1954, bajo la dirección de Jorge Wyngaard.

El Auto de Martín González fue estrenado por el elenco del Teatro Vocacional de la Biblioteca Sarmiento, de Santiago del Estero, en 1949 y reprisado en varias oportunidades por el Elenco Estable de la Peña El Cardón.

La Egloga no fue estrenada aún.

*A Carlos Román, Raúl Serrano, Jorge
Wyngaard y a los que fueron actores
y miembros del Elenco Estable de la
Peña El Cardón.*

A María Angélica Robledo.

*A mis amigos del Teatro Estable de la
Provincia de Tucumán.*

Personajes del Prólogo

Juglar del Tambor
Juglar del Pífono
Juglar de la Matraca

Personajes de la Egloga

Candelaria
La Comadre
Gaspar
El Compadre

Personajes de la Farsa

El Doctor Gañote
Repollo
Heraldo
Campesino
El Rico Tarugo
Adulones
El Viejo
La Vieja

Personajes del Auto

Martín González
Paula
El Caminante

BIBLIOTECA DE LETRAS

Donación

de Inés y David

Legimánovich

Al levantarse el telón aparecen por la izquierda los tres juglares. Uno tiene un pífano, el otro un tambor y el tercero una matraca de grandes dimensiones. Se colocan delante de una cortina americana que cierra totalmente la boca de la escena y avanzan hacia el proscenio.

El Juglar del Tambor da un largo redoble que corta bruscamente con dos golpes secos.

JUGLAR DEL TAMBOR: Pasen, señores... Pasen señores... La feria termina... Las historias van a comenzar por última vez...

JUGLAR DEL PIFANO: Una historia de amor...

JUGLAR DE LA MATRACA: Una historia para reir...

JUGLAR DEL TAMBOR: Una historia sombría...

JUGLAR DEL PIFANO: Una historia de amor para los enamorados inocentes.

JUGLAR DE LA MATRACA: Una historia para reir cuantas veces se la recuerde.

JUGLAR DEL TAMBOR: Una historia sombría para pensar, para que los jóvenes se vuelvan graves y para que los viejos entristezcan...

(Los tres juglares hacen sonar sus instrumentos produciendo una música extraña, cómica y triste, a la vez, con un dejo de danza y marcha militar)

JUGLAR DE LA MATRACA: Pasen, señores, pasen... la función va a comenzar... Es la última función de la feria. Mañana con el amanecer nos vamos y será hasta el año que viene o hasta siempre, si así lo quiere el destino...

Redobla el tambor largamente. Las luces comienzan a bajar. El Juglar del Pífano y el Juglar de la Matraca corren lentamente las cortinas descubriendo en el fondo un retablo donde están los muñecos inmóviles, en diferentes posiciones. Las luces son muy tenues, apenas una penumbra celeste que da a las marionetas un aspecto fantasmal. El juglar del tambor corre hacia ellas y saca del retablo a las que jugarán la Egloga. Primero sienta a la Comadre en una silla, que coloca a un costado de la escena. Luego ubica a Candelaria en el costado opuesto y se retira con los otros juglares en puntas de pie. La luz comienza a crecer en los sectores donde tendrá lugar la acción. Las figuras, sorpresivamente, cobran vida y comienza la

EGLOGA

CANDELARIA: *(Corriendo hacia la Comadre)* Comadrita... comadrita.

LA COMADRE: Adelante, comadrita... adelante. *(Candelaria vacila)*

LA COMADRE: ¿Qué le pasa, comadre? ¿Qué hace ahí parada?

CANDELARIA: *(Tímida)* Tengo un secreto.

LA COMADRE: *(Abriendo los ojos)* ¿Un secreto...?

CANDELARIA: Sabe... Gaspar...

LA COMADRE: *(Incorporándose y poniendo los brazos en jarra)* Ha vuelto a las andadas.

CANDELARIA: *(Afligida)* No... No... comadrita... Nada de eso.

LA COMADRE: ¿Entonces...?

CANDELARIA: Precisamente... Se porta bien... Quiero regalarle un par de espuelas. Hoy es su cumpleaños... y hoy hace un año que no prueba ni una gota de vino.

LA COMADRE: ¡Ajá!... ¿Y qué regalo?

CANDELARIA: Ese par de espuelas que usted tiene allí en la estantería (*Señala hacia una estantería invisible que la comadre mira detenidamente*).

LA COMADRE: (*Volviéndose*) Sí... Pero son caras.

CANDELARIA: No importa, comadrita... Tengo mis ahorros (*Curiosa pero con timidez*). ¿Y... cuánto...?

LA COMADRE: Y, por ser para mi comadre, diríamos... unos ochenta pesos.

CANDELARIA: Huy... comadrita, pero es mucha plata (*Busca en los bolsillos de la falda de donde saca un pañuelo atado por las cuatro puntas. Lo desanuda y cuenta el dinero. La comadre curioseaa*).

COMADRE: Sólo hay cuarenta pesos.

CANDELARIA: Espere, comadrita... (*Busca en el seno y saca un rollito de dinero*). Aquí hay veinte pesos más.

COMADRE: Pero es poco comadrita... Sesenta pesos... Ud. sabe, esas espuelas son de plata boliviana, hechas a martillo... Por ochenta pesos se las doy regaladas.

CANDELARIA: No me alcanza... Y en casa no tengo más dinero...

COMADRE: Entonces...

CANDELARIA: (*Interrumpiéndola*) No... Espere comadrita... Espere (*Busca en otro bolsillo de su fal-*

da y saca un paquetito, lo desenvuelve). ¿Cuánto me daría Ud. por este pañuelito de randas?

COMADRE: (*Poniéndose los anteojos y mirando el pañuelo de un lado y de otro, primero, y luego mirándolo al trasluz*). Hum... diez pesos, nada más comadre.

CANDELARIA: ¡Pero, comadre... diez pesos por un pañuelo de randas dobles que me ha llevado hacerlo más de una semana!

COMADRE: (*Protestando*) Quince pesos...

CANDELARIA: Digamos, veinte. Ud. se lo queda y con el dinero hacen los ochenta pesos. Deme las espuelas.

COMADRE: (*Pensativa*) Podría ser... Pero el pañuelo vale quince pesos. Me debe cinco. Se los anoto en la libreta.

CANDELARIA: (*Alegre*) Está bien... Está bien... Vengan las espuelas.

COMADRE: Pero no cuente a nadie que le he vendido las espuelas a ese precio.

CANDELARIA: Descuide comadrita... descuide... ¡Ah! quiero pedirle un favor.

COMADRE: Diga, comadrita, diga.

CANDELARIA: Guárdeme las espuelas hasta la tarde... Por la noche quiero darle la sorpresa a su comadre... Y no se lo cuente a nadie... sabe: no se lo cuente a nadie...

COMADRE: Descuide, comadrita... descuide... Que le vaya bien... descuide...

(*Las luces comienzan a bajar hasta que la Comadre y Candelaria desaparecen. En el retablo comienzan a animarse las figuras de Gaspar y el Compadre que salen borrachos y descienden hacia el proscenio con el paso cómico y tambaleante, abrazados para darse, uno*

al otro, la seguridad que el vino les ha quitado. Caminan como si desandaran un largo y penoso camino que sólo existe en sus mentes).

GASPAR: Sabe, compadre, una cosa...

COMPADRE: No, compadre...

GASPAR: Que estoy muy contento... pero muy contento.

COMPADRE: No me diga, compadre.

GASPAR: Fíjese en el cielo, compadre; fíjese en el cielo...

COMPADRE: Sí, compadre, ¿qué tiene el cielo, compadre...?

GASPAR: Tan azul, tan claro, tan limpio, tan lleno de sonidos...

COMPADRE: Siempre está así compadre, cuando no hay nubes.

GASPAR: No, compadre... No siempre está así...

COMPADRE: Bueno, compadre...

GASPAR: ¿Sabe lo que me pasa, compadre?

COMPADRE: No, compadre...

GASPAR: Siento como si el pecho se me estuviera criando grande, muy grande, de modo que me puedo respirar el cielo azul, todo el aire del mundo, compadre, hasta dejarlo exprimido y arrugado como una naranja... Pero no, compadre. No voy a cometer una herejía semejante. No es justo que porque hoy sea feliz, vaya a dejar a la gente sin el aire del mundo por más azul y hermoso que fuere...

COMPADRE: Ha hablado bien compadre Gaspar...

GASPAR: Y ¿sabe por qué soy feliz, compadre?

COMPADRE: No, compadre...

GASPAR: Soy feliz porque tengo un amigo como usted, compadre Plácido.

COMPADRE: (*Humildemente y confundido, casi ruborizado*) Gracias, compadre...

GASPAR: Soy tan feliz, compadre, que tengo aquí dentro, en medio de las entrañas (*Se detiene y abre los ojos*) ¿Sabe, compadre?

COMPADRE: ¿Qué cosa compadre...?

GASPAR: Me está creciendo, compadre.

COMPADRE: Pero, ¿qué cosa compadre?

GASPAR: Un grito, compadre. Lo siento como me nace aquí dentro, compadre. Tiene una puntita afilada como una espinita de penca.

(*Ambos se detienen. Gaspar con una expresión de asombro alegre. El Compadre algo desconfiado. El Compadre da vuelta en torno de Gaspar. Luego pone el oído en el pecho y escucha*).

COMPADRE: No escucho nada, compadre.

GASPAR: (*Cada vez más contento*) Pero lo siento, compadre... Está creciendo, compadre. La punta comienza a hacerme cosquillas en la garganta... No lo puedo contener compadre (*Se lleva las manos a la boca pero hay algo superior que lo vence y grita con todas sus fuerzas*:) Hiiiiiiii...ji...jiiiiiiii! Soy feliz, caraaaaaambaaa...!!! (*El Compadre trata de taparle la boca. Gaspar se muestra arrepentido por lo que acaba de hacer y se disponen a marcharse rápidamente pero son atacados por perros invisibles de los cuales ambos se defienden como pueden hasta que los dejan atrás. Retoman el caminar tambaleante de borrachos, abrazados para ayudarse y sostenerse*).

GASPAR: Soy feliz, compadre.

COMPADRE: (*Mirándolo con desconfianza*) No comienza compadre. Recién casi nos comieron los perros. Puede que ahora nos avienten con una perdigonada del 16.

GASPAR: Pero qué le voy a hacer, compadre. Soy feliz y ¿sabe por qué?

COMPADRE: No, compadre.

GASPAR: Soy feliz porque me he vendido tres hornadas completas: dos docenas de tinajones de los grandes, cuatro de tinajas chicas, macetas de todos los tamaños, purrucas, y hasta las alcancías...

COMPADRE: Sí. Hasta el burro...

GASPAR: (*Cayendo en cuenta, estupefacto*) Es cierto...

COMPADRE: Y la plata, compadre...

GASPAR: Aquí la llevo (*Se señala la faja*).

COMPADRE: El resto. . .

GASPAR: (*Poniendo la mano en la boca*) Shhhhhh! Pero soy feliz. Y ¿sabe compadre por qué soy feliz?

COMPADRE: Porque ha vendido las hornadas en la feria.

GASPAR: No, compadre. Eso era hasta hace un momento.

COMPADRE: Entonces, no, compadre.

GASPAR: Soy feliz porque tengo estas dos manos (*Se mira las dos manos, inmensas, las pone al derecho y al revés y las vuelve a mirar como si las quisiera ver al trasluz*). Con estas manos puedo hacer todas las cosas que quiero... puedo tornear y moldear, puedo amasar el barro e ir sacando de él con estas manos todas las formas que se vengan en gana... ¿Sabe una cosa compadre?

COMPADRE: Qué, compadre.

GASPAR: Que es hermoso cuando las manos se le llenan de formas... Por eso soy feliz...

COMPADRE: Pero tiene que haber una razón más compadre... tiene que haber una razón más... Busqueselá... busqueselá...

GASPAR: Es cierto, compadre... es cierto... Tiene que haber una razón más... ¿Por qué soy feliz? Hay también otros que han vendido todo lo que llevaban a la feria... hay también otros que... *(Con la cara iluminada)* Pero ya está, compadre...

COMPADRE: ¿Qué está, compadre?

GASPAR: Encontré la razón que me faltaba.

COMPADRE: Y ¿cuál es, compadre?

GASPAR: La Candela...

COMPADRE: Qué tiene que ver la comadre.

GASPAR: Mucho... Ella es una sola.

COMPADRE: Cierto...

GASPAR: Y siendo una sola está casada conmigo.

COMPADRE: Pero muy cierto.

GASPAR: Es decir que sólo yo puedo estar casado con la Candelaria y nadie más.

COMPADRE: Pero ciertísimo, compadre.

GASPAR: *(Asustado)* Huy, compadre...

COMPADRE: ¿Qué le pasa ahora, compadre?

GASPAR: No vuelvo a casa.

COMPADRE: No vuelve a casa, y ¿por qué?

GASPAR: En este estado no vuelvo a casa.

COMPADRE: Tiene razón...

GASPAR: Ella no va a comprender.

COMPADRE: Y puede que la pasemos mal.

GASPAR: Y precisamente hoy, que se cumple el primer año.

COMPADRE: Y por eso celebramos.

GASPAR: Precisamente, ¿qué más hay que hacer cuando se cumple el primer año de no pisar el boliche sino celebrarlo tomando una copita de vino?

COMPADRE: Pero no fue una sola compadre...

GASPAR: Cállese, compadre, cállese, que lo pueden oír.

COMPADRE: Es cierto, y después irán con el cuento a la comadre.

GASPAR: Pero tengo una idea... Le compraremos un regalo a la comadre.

COMADRE: Así se olvidará un poco de nosotros... Masticaremos hojas de naranjo y nadie sabrá que estuvimos celebrando el primer año que usted, compadre, ha dejado de tomar por pedido exclusivo de mi comadre doña Candelaria Sánchez...

GASPAR: Vaya al almacén de mi otra comadre y cómprese algo bonito que allí vea. Pero no diga para quién es. Esa gorda es muy chismosa...

(El compadre entra por la puerta invisible del almacén. Las luces en la zona de Gaspar se van apagando lentamente y se encienden en la zona donde está la Comadre).

COMPADRE: Unas muy buenas tardes.

COMADRE: Tenga usted muy buenas.

COMPADRE: Vengo por un regalito.

COMADRE: ¿Un regalito...?

COMPADRE: Sí. Un regalito.

COMADRE: Y qué clase de regalito.

COMPADRE: Tiene que ser para mujer.

COMADRE: (*Con ojos de complicidad*) Ajajáaa!

COMPADRE: No tanto ajajáaa... Que es para un amigo mío que anda pretendiendo.

COMADRE: Un amigo suyo que anda pretendiendo. ¿Será...?

COMPADRE: Es inútil que trate de sacarme, señora. He jurado silencio eterno y soy insobornable. Ni usted me sacará el nombre de la mujer de la cual mi amigo está enamorado, ni el gobierno me hará votar por sus candidatos...

COMADRE: Qué prefiere.

COMPADRE: A ver, muestre. Sin ver no puedo elegir.

COMADRE: ¿Es rubia?

COMPADRE: No.

COMADRE: ¿Es morena?

COMPADRE: Señora, no empiece. Muéstreme lo que tenga y yo voy a elegir.

COMADRE: Tengo estos aros para una muchacha joven.

COMPADRE: Humm... No creo.

COMADRE: Y este collar para una mujer casada.

COMPADRE: No es soltera ni casada.

COMADRE: Entonces es una viudita.

COMPADRE: Límitese a mostrar lo que tiene y a no meter sus narices en lo que no le conviene.

COMADRE: Y ¿un perfume?

COMPADRE: Podría ser... podría ser...

COMADRE: Pero me olvidaba... me olvidaba... Tengo una randita... una verdadera pichincha... una cosa de primor... me la trajo recién una randera... y la doy muy barata.

COMPADRE: A ver la randa...

COMADRE: La doy muy barata... Sólo cuarenta pesos. Vale más de cien... Es un trabajo de un mes...
(*Saca la randa y se la entrega*) Con cuidado...

COMPADRE: Voy a verla a la luz... (*Se acerca a una ventana que debería estar a un costado*) Sí... es buena... No tiene fallas... Está bien... Me la llevo (*Busca en los bolsillos con dificultad, saca el dinero y paga*) Pero ya sabe... ni una palabra a nadie... Es un secreto...

COMADRE: Descuide... descuide... Muchas gracias... que tenga felicidad... Saludos... (*La Comadre hace grandes reverencias mientras la luz se apaga hasta hacerla desaparecer. El compadre sale del almacén. La luz se enciende lentamente en la zona donde ha quedado Gaspar*).

GASPAR: ¿Y... compadre?

COMPADRE: Ya lo tengo, compadre.

GASPAR: ¿A ver?

COMPADRE: ¿Le gusta...?

GASPAR: Pero está muy bonito... Vaya que si mi mujer se va alegrar... Es muy hermoso... Pero no tan bueno como las randas que ella sabe tejer.

COMPADRE: Entonces, vamos...

GASPAR: Vamos compadre. Hay que llegar antes de la oración... (*Ambos comienzan a caminar con la dificultad de todos los borrachos... Luego de unos instantes silba un pájaro un trino burlón. Los compadres se detienen*).

GASPAR: ¿De qué te estás burlando pájaro? No ves que con mi compadre somos muy felices. No ves que le llevamos un regalo para la Candelaria... No sabes que

con mis manos puedo tocar el mundo, que me puedo respirar todo el aire azul así te mueras... *(Se detiene espantado)* Compadre... Compadre...

COMPADRE: ¿Qué le pasa, compadre?

GASPAR: Otra vez el grito, compadre. Lo siento nacer aquí, en el fondo del pecho.

COMPADRE: Por favor, compadre. Acuérdense que hay perros en la vecindad. Ya estamos por llegar. No alborote.

GASPAR: Pero es que no puedo, compadre. Sigue subiendo. Ya lo tengo en la garganta.

COMPADRE: Tápese la boca.

GASPAR: Me la taparé *(Se tapa la boca, pero lo mismo grita:)* Ji...jijiiiiiiii! *(Observa luego en derredor con ojos azorados)*.

GASPAR: No ladraron los perros.

COMPADRE: No ladraron, compadre. Allí está la casa... Ya falta poco.

GASPAR: Entremos.

(Ambos abren una puerta invisible y penetran en la casa. La luz asciende lentamente descubriendo a Candelaria que plancha ropa).

GASPAR: ¡Candela... Candela...! Aquí estamos, Candela...

(La mujer se limpia las manos en el delantal y grita:)

CANDELARIA: Ya voy.

GASPAR: Aquí estamos con mi compadre Plácido. Somos muy felices... Y sabemos por qué somos muy felices... Te hemos traído un regalito... Una randita que mi compadre Plácido compró en el almacén de tu comadre... Es una sorpresa y un regalito de cumpleaños... Hoy hace un año que no tomo más... Para

celebrar eso y todo lo que he vendido en la feria estuvimos celebrando con mi compadre...

(La mujer llega y hace un gesto de horror al contemplar el estado de su marido).

CANDELARIA: Están borrachos... Otra vez borrachos...

GASPAR: Cómo borrachos... Estuvimos celebrando con mi compadre el primer aniversario... Te hemos traído un regalito.

CANDELARIA: *(A punto de sollozar)* Oh... Oh...

COMPADRE: Lo compré en el almacén de su comadre.

CANDELARIA: No... es injusto... *(Llora a sollozos).*

GASPAR: Aquí está esta randita... Te la trajimos porque nos fue bien en la feria y porque somos muy felices...

CANDELARIA: *(Al ver la randa lanza un grito y desconsolada se echa sobre una silla a llorar con grandes aspavientos).*

GASPAR: Es la emoción, compadre... Es la emoción.

COMPADRE: Así son las mujeres enamoradas, compadre... Es el amor, compadre.

GASPAR: Sí. Y nosotros que estábamos tan felices... Quién iba a pensar que la emoción la hiciera llorar así.

COMPADRE: Es la emoción... es la emoción... es la emoción, compadre...

Las luces bajan lentamente hasta lograr la tenue penumbra celeste. El Juglar del Tambor regresa, toma

de la mano a los personajes que han quedado inmóviles y los lleva al retablo donde los deja. El Juglar del Pífono y el juglar de la matraca corren lentamente la cortina hasta cerrarla. El juglar del tambor regresa y dice:

JUGLAR DEL TAMBOR: Una historia de amor... que terminará como todas las historias de amor... aunque el autor no haya querido contar el final por ser demasiado pudoroso.

JUGLAR DEL PIFANO: Ahora una historia para reír... Y para volver a reír cada vez que se la recuerde... Y también para contarla en ruedas de amigo, frente al fuego, mientras el vino circula lentamente fabricando la amistad como una levadura secreta.

JUGLAR DE LA MATRACA: A reír, pues, que comienza...

Hace sonar la matraca y con el Juglar del Pífono corren la cortina. El Juglar del Tambor saca del retablo al doctor Gañote y a Repollo, los coloca a un costado de la escena y se va. Las luces comienzan a crecer lentamente hasta llegar a su plenitud. Comienza la...

F A R S A

Por la izquierda aparecen el doctor Gañote y su criado Repollo. El doctor Gañote viste galera vieja que comienza a pelarse, levita negra llena de goterones de grasa y pantalones con dos hermosos remiendos en las asentaderas. Repollo es mudo. Carga un gran fardo, en el que se supone van los haberes del doctor Gañote. El doctor Gañote es grandilocuente, ceremonioso; ha-

bla con voz hermosa y grandes ademanes. Repollo sólo sabe hacer dos señas con la cabeza: sí y no, siempre que su amo apruebe o desaprobe.

DOCTOR: (*Suspirando complacido*) Grandes palacios... lujosas mansiones... cabañas miserables... negocios prósperos. Sin duda alguna, aquí la nobleza es pobre y la burquesía hace buenos negocios a costillas de los miserables. (*Repollo asiente*) Las hijas de los carniceros, de los panaderos, de los banqueros enriquecidos se casan con los hijos de los duques, marqueses y condes... (*Repollo deja caer el fardo y se sienta sobre él*) Terreno propicio para nuestros negocios... Habrá pleitos por las sucesiones, por los bienes dotales, etc... etc... etc... y como entre las numerosas profesiones que tengo se encuentra la de abogado, haremos de abogado. (*A Repollo*) Tú serás mi procurador (*Repollo ríe entusiasmado*). Pero puede suceder que alguna rica heredera esté enferma de un mal desconocido... discípulo fuí del famoso cirujano Don Sancho Sanguijuelas y de quien aprendí el difícil arte de las cataplasmas. Ejerceremos noblemente esa profesión. (*A Repollo*) Y tú serás mi enfermero. (*Repollo bate palmas y aprueba*). Mas, si por ventura, fuese una plaza fuerte, ciudadela o guarnición militar, no quiero decir mis proyectos. (*Repollo dice que no con la cabeza*) En fin, amado Repollo, ya veremos lo que primero se presenta a mano, lo que fuere ventajoso, o lo que el ingenio pueda resolver más presto. (*Sale un campesino con dos grandes canastos. Camina agobiado pero da pasitos menudos y seguidos como si alguien, invisible, lo empujase. Al verlo, el doctor Gañote cambia de actitud. Se acomoda la levita, requinta su ga-*

lera y se adelanta con grandes pasos. Durante la conversación, Repollo meterá las narices negando y afirmando todo como de costumbre).

DOCTOR: Caballero, muy buenos días...

CAMPESINO: Salud, señor.

DOCTOR: Vamos hacia el Oeste... fue un largo viaje... perdimos el rumbo... ¿queréis decirme qué ciudad es ésta que se levanta ante nuestros maravillados ojos?

CAMPESINO: (*Dejando los canastos en tierra*) Pues mire usted, señor...

DOCTOR: (*Alcanzándole la tarjeta*) Doctor Gañote, Euclides Gañote, policlínico, pirotécnico, gastronómico, diplomático y licenciado en leyes...

CAMPESINO: Bueno, fíjese usted, doctor Cogote...

DOCTOR: (*Molesto*) Gañote...

CAMPESINO: Gañote o Pescuezo, que al fin es lo mismo. Sepa usted que no está frente a ninguna ciudad, sino a las posesiones y palacios del rico Tarugo, el hombre más rico de toda la república (*Con rabia*) y gracias a cuya generosidad vivimos. (*Escupe como si acabara de maldecir*).

DOCTOR: ¡Ah, ah...! Es una república...

CAMPESINO: En realidad, sí y no, porque él hace de gobernador, parlamento y único ciudadano...

DOCTOR: (*Interrumpiéndolo*) ¿Y podría decirme, usted, buen hombre, cómo hizo su fortuna el rico Tarugo?

CAMPESINO: (*Rascándose*) Las opiniones son de de las más encontradas. Unos dicen que con una fábrica de embutidos. Pero otros lo niegan. Algunos afirman que fue con la venta de tapones para botellas. Mas hay otros que dicen que eso vino después, cuando consiguió

algún dinero con la venta de embutidos. Algunos, sin embargo, se acuerdan que, en realidad, la actual fortuna le vino después que instaló su fábrica de vacinillas enlozadas... (*Sonríe enrojeciendo*). Usted sabe señor... la gente puede pasar sin los embutidos... tener sus botellas destapadas... pero, usted sabe, señor... (*Cortando por lo sano*) aquí el invierno es muy frío y Tarugo hizo su fortuna...

DOCTOR: (*Insistiendo*) Sin embargo quisiera saber algo más del honorable Tarugo... Algunas referencias personales... sus hábitos... su manera de vivir...

CAMPESINO: (*Rotundo*) Pues vea usted, doctor Cogote...

DOCTOR: (*Amable pero sin esperanzas de corregirlo*) Gañote...

CAMPESINO: (*Idem*) Resulta que el noble Tarugo no es nada de noble.

DOCTOR: ¿No?

CAMPESINO: Es el tacaño más redomado que ha visto la tierra... Después de exprimírnos como un limón con todos sus negocios, ahora piensa extenderlos a las comarcas vecinas...

DOCTOR: (*Abriendo los ojos*) ¡Ajajá!

CAMPESINO: Nos saca hasta el último aliento... vivimos muertos de hambre...

DOCTOR: (*Idem*) ¡Ajajajajá!

CAMPESINO: (*Echándose a llorisquear*) Fíjese usted, señor, la gente ha tenido que colgar cables en las calles, como pasarelas, porque de escuálidas se las lleva el viento... Los días de viento sólo corre el tráfico en una dirección: en dirección hacia donde sopla el viento. Si es para el Norte, para el Norte... Si es para

el Sur, para el Sur... Las gentes, para hacer sus visitas y los pocos negocios que aún quedan, viven mirando los gallos de las veletas... Hay familias que hace muchísimos años que no se ven la cara... Son las que viven en el barrio oeste, pues allí jamás sopla viento alguno.

DOCTOR: (*Entusiasmado*) Superior... superior... Más de lo que esperaba...

CAMPESINO: (*Impotente*) Imaginaos, ¿cómo vamos a hacer una revolución si él también ha fijado sus residencias en el oeste...?

DOCTOR: (*En el colmo del entusiasmo*) ¡Excelsior...! ¡Excelsior...!

CAMPESINO: (*Dando una patada*) ¡Basta...! ¡He dicho que basta...! No es motivo de alegría... Un hombre de bien no puede alegrarse de las desgracias ajenas...

DOCTOR: (*Interrumpiéndole hábilmente*) No sigáis en la enumeración de tantas desgracias... ¿No veis que me esfuerzo por no llorar...?

CAMPESINO: (*Pensativo*) Es cierto...

DOCTOR: (*Rápido*) Ahora me despido... Seguid vuestro camino... Deseo que cambie vuestra suerte...

CAMPESINO: (*Mojando el dedo y poniéndolo de punta*) Tenéis razón... debo irme... no vaya a ser cosa que el viento cambie y tenga que regresar a mi casa sin haber podido vender mis huevos... (*Recoge los canastos*) Hasta pronto, doctor... hasta pronto. (*Se marcha. Pausa. Sonido de trompetas. Un heraldo de rojo y negro se planta en escena y anuncia a grito pelado*)

HERALDO: ¡Paso...! ¡Paso...! ¡Paso...! Paso al magnífico señor 'Tarugo, dueño de estos contornos, que

ahora va en viaje de regreso a su magnífica residencia luego de haber inspeccionado sus bienes, que son muchos y logrados después de inmensos trabajos y vicisitudes, lo cual debe ser un ejemplo para los jóvenes de la comarca. *(Se detiene a tomar aliento, pues ha dicho todo de una sola tirada)* ¡Paso...! ¡Paso...! ¡Paso...!

(Por la derecha aparece una nube de moscones y aduladores que rodean al rico Tarugo quien va en una silla de mano, recostado muy orondo, comiendo bombones y confituras que le llegan luego de ser sacadas de un canasto que va detrás y de pasar de mano en mano de los servidores. Es un hombre bajito, rollizo, piernicorto, que espanta con un pañuelo, displicentemente, a los aduladores, que rondan en torno con sus zalemas y reverencias. La comitiva avanza lentamente).

DOCTOR: *(A Repollo)* Escucha bien, amado Repollo. Harás todo lo que te mande. Ya verás qué bueno sale. Te darán de comer opíparamente... Es cierto que puede haber palos en vez de postres, pero entonces ya nadie podrá hacerte devolver lo consumido... Y si acaso te va mal como pienso, ya sabes que te espero donde siempre, pues nunca cubriré tu puesto de criado diligente y leal, como jamás he visto otro. *(Repollo se reuerce y presume. Luego dice que sí).*

DOCTOR: *(Frotándose las manos)* Pues bien: manos a la obra. *(Se dirige hacia la comitiva e intenta detenerla. Desde este momento la comitiva, y sobre todo los aduladores, harán de coro mudo, y Repollo será su solista. Grandes ademanes, gestos exagerados, actitudes despreciativas frente a cada una de las situaciones que se presentan)*

DOCTOR: ¡Alto!

HERALDO: (*Adelantándose*) ¡Paso...!

DOCTOR: (*Resuelto*) No. Primero debo hablar con mi muy magnífico señor Tarugo.

HERALDO: (*Idem*) Nadie puede, sin su consentimiento previo.

DOCTOR: Vengo a proponer un negocio.

HERALDO: (*Despectivo*) ¿Hay acaso algún negocio todavía que mi señor no haya realizado?

DOCTOR: Lo hay.

HERALDO: (*Este duda, y Tarugo, al ver que la comitiva se ha detenido, saca la cabeza de la silla de mano y pregunta*)

TARUGO: ¿Por qué nos hemos detenido? (Un *adulón se acerca solícito, lleno de cumplidos y grandes reverencias*).

ADULON: (*Melifluo*) Un hombre extraño desea hablar con vos, señor.

TARUGO: (*Molesto*) Que lo aparten... que lo aparten... Estoy cansado de escuchar todos los días plañir a esta gente... adelante... adelante...

(*El Heraldó viene hacia la comitiva*).

TARUGO: (*Más fastidiado aún*) Que se vaya, no tengo nada que darle... Los mal... (*El coro de adulones hace grandes gestos de desprecio*).

HERALDO: (*Firme*) No pide favor alguno. Desea proponer un negocio. Dice que ganaréis.

CORO: (*Grandes aspavientos*) ¡Ohhhh...! (*Comentan entre sí y cuchichean*).

TARUGO: (*Intrigado y algo goloso*) ¿Qué negocio será éste que yo no lo haya realizado...? (*Al verlo*) ¿Y dice que ganaré? (*El Heraldó quiere contestar pero Tarugo lo interrumpe*) A ver, a ver.

HERALDO: (*Al doctor Gañote*) ¿Vuestro nombre?
(*El doctor Gañote hace un saludo quitándose la galera*).

DOCTOR: Doctor Euclides Gañote, policlínico, piro-técnico, gastronómico, diplomático y licenciado en leyes.

TARUGO: (*Goloso*) Hablad... hablad... ¿qué clase de negocio es ese?

DOCTOR: (*Con aire misterioso*) No podría decíroslo aquí, en público. Si me concedéis un aparte, tanto mejor...

(*Tarugo piensa un momento antes de decidirse*).

TARUGO: (*Resuelto*) Sea.

(*Con dificultad baja de la silla de mano ayudado por los servidores y los adulones que se disputan unos a otros y se dirige hacia Gañote. Ambos hacen un aparte en el costado izquierdo del escenario*).

TARUGO: Hablad rápido... Estoy ansioso por saber qué clase de negocio es ese.

DOCTOR: (*Mirando de reojos, primero a izquierda y luego a derecha*) Sabed, señor, que soy el famoso doctor Euclides Gañote, conocido por las diversas artes y ciencias que poseo... ¿Habréis sentido de mí?

TARUGO (*Con gesto idiota*) No...

DOCTOR: (*Fingiendo enojo*) ¡Cómo! ¿Es posible que hasta tus poderosos oídos no haya llegado el clarín de mi fama? (*Confianzudo*) Vamos, señor Tarugo, no os hagáis el humilde pues entre las cosas que de vos se dicen está la humildad...

TARUGO: (*Ríe con risa de muñequito, atiplada y nerviosa*) Sí, sí. (*Solícito*) ¿Y qué más dicen de mí?

DOCTOR: Que eres muy rico, muy liberal... que fuisteis en vuestra juventud muy trabajador... que...

(*Contrariado*) Pero ¿qué importa lo que las lenguas digan? Vamos a nuestro negocio.

TARUGO: Sí, sí, vamos a nuestro negocio.

DOCTOR: (*Otra vez con aire misterioso*) Sabed, señor, que mi criado (*Señalando a Repollo que, mientras tanto, ha estado examinando a cada uno de los adules, les ha levantado la pollera a las damas para tocar las telas y los brocados*) ése, con cara de calabaza loca que véis allí es protogeo.

TARUGO: (*Imitando el sigilo del otro*) ¿Protogeo?

DOCTOR: Sí, señor (*Haciendo señas para que baje la voz*) Pero no lo digáis tan fuerte que podrían oíros.

TARUGO: ¿Protogeo...? ¿Protogeo...?

DOCTOR: Sí, señor.

TARUGO: Y, ¿qué es protogeo, doctor Gañote?

DOCTOR: (*Espantado*) ¿No lo sabéis, magnífico Tarugo? (*Ríe*) No, no puedo creerlo... No puedo creerlo. Vos que seguramente tenéis tantos libros...

TARUGO: (*Más idiota aún y encogiéndose de hombros*) Libros... Los de contabilidad en verdad son muchos, pero no los llevo yo, los lleva mi contador... Yo solamente los reviso y firmo. ¿Queréis ver que firma más bonita tengo?

DOCTOR: (*Satisfecho*) No importa. Luego la veremos. Ahora os explicaré qué es un protogeo.

TARUGO: (*Frotándose las manos*) Sí, sí.

DOCTOR: (*Con gesto académico, pomposo y poniendo los ojos en blanco*) Según el tratado de Proculis, que según se sabe vivió en el siglo II después de Cristo, y según los estudios de los famosos clínicos medievales Tesio y Cafesio, que fueron corroborados más tarde por las elocuentes monografías del bachiller y protomédico

Domingo Pandorga, el hígado en determinadas condiciones puede dar diamantes en lugar de cálculos. Y a los hombres que dan diamantes en lugar de cálculos se los llama protogeos (*Gesto triunfal*).

TARUGO: (*Dándose un golpe en la frente*) ¡Virgen de los pañales! ¿Diamantes decís?

DOCTOR: (*Muy orondo*) Diamantes...

TARUGO: (*Semiestupefacto y metiéndose los dedos en las narices*) ¿Y cómo puede ser eso?

DOCTOR: (*Solemne y misterioso*) Misterio profundo de la naturaleza.

TARUGO: (*Desconfiado y rotundo*) No, no puede ser. Primero consultaré con mi cirujano mayor. (*Quiere irse*).

DOCTOR: (*Tomándolo a tiempo de un brazo*) Por favor, no lo digáis a nadie. Os dirían que no es cierto y después se aprovecharían... porque he decidido venderos a Repollo.

TARUGO: (*Pasmado*) ¿Vendérmelo a mí?

DOCTOR: Sí, señor, a vos, pues resulta que yo no puedo esperar más a que Repollo ponga su primer diamante.

TARUGO: No entiendo cómo queréis despreciar una oportunidad de haceros rico.

DOCTOR: (*Nuevamente doctoral*) Resulta, pues, que los protogeos comienzan a producir sus primeros diamantes al llegar a los treinta años.

TARUGO: ¿Y tanto debo esperar?

DOCTOR: No os apresuréis. Repollo los cumplirá dentro de una hora.

TARUGO: ¿Una hora apenas? (*Rápido*) ¿Y cuánto pedís por él?

DOCTOR: Y... hum... unas mil quinientas piezas de oro.

TARUGO: (*Rotundo*) Es mucho.

DOCTOR: Pensadlo bien... Son diamantes... Muchos diamantes mientras viva Repollo.

TARUGO: (*Desconfiado*) Un momento, doctor Gañote (*Piensa, luego serio*) Doctor Gañote, me engañáis.

DOCTOR: (*Imitándolo*) Señor Tarugo, no sé como se os ocurre.

TARUGO: Doctor Gañote, por dos razones: primero, porque nadie es capaz de vender una mina de oro; segundo, porque no es posible que exista esa clase de hombres.

DOCTOR: Señor Tarugo, os lo explicaré en dos palabras. (*Se arremanga como un prestidigitador y golpea las manos. A Repollo*) Repollo, ven acá, trae el fardo. (*Repollo suelta una falda que tiene entre manos y recoge el fardo*) Déjalo ahí. (*Lo deja caer*) Abrelo. Saca el libro número tres. (*Busca y tira objetos inútiles. Saca un libro*) ¡Aquí está la primera y única prueba! (*Tarugo se acerca con desconfianza*) Tratado primero de la medicina, por el doctor Domingo Pandorga, página ciento treinta y uno, capítulo dieciséis. Es posible conocer a los seres llamados protogeos por su cara de idiotas. (*Repollo sonríe*) Está probado.

TARUGO: (*Con desconfianza*) Sí...

DOCTOR: (*Continúa la lectura*) Tienen, además, un lobanillo del tamaño de un garbanzo detrás de la oreja... (*A Repollo*) Mostrad el lobanillo.

TARUGO: Sí...

DOCTOR: (*Prosigue leyendo*) Llevan además, del

lado izquierdo del ombligo, un lunar en forma de mosca. (A Repollo) Rápido, prueba número tres. (Repollo se abre la camisa y muestra el ombligo. Tarugo observa).

TARUGO: En efecto...

DOCTOR: Tienen el dedo meñique en forma de pulgar. Repollo, enseña tu dedo al señor. (De nuevo leyendo) Para que produzcan su primer diamante al llegar a los treinta años, los protogeos deben ser alimentados desde los quince con orejas de liebre asadas. (Cierra el libro con un gesto de desconsuelo) Y esto es lo doloroso... Sabed, señor, que durante quince años he alimentado a Repollo con orejas de liebre... ¿no véis acaso el estado en que me encuentro? Estoy al borde de la ruina. Si dentro de media hora no se le da a mi criado su última ración de orejas de liebre, el diamante que ahora incuba, se cuajará en el hígado convirtiéndose en un despreciable cálculo. (Se echa en el hombro de Tarugo y solloza) Quince años perdidos... quince años corriendo la liebre por los campos... para que ahora todo quede en la nada... (Pausa. Tarugo medita).

TARUGO: (Resuelto) Bien. Lo compraré... ¿Cuánto dijisteis que era el precio?

DOCTOR: Míí quinientas piezas de oro.

TARUGO: (Refunfuñando) No llevo tantas conmigo. Sólo podría daros mil.

DOCTOR: Pero, señor... son quince años de trabajo...

TARUGO: (Con dureza) Ni una pieza más.

DOCTOR: No me alcanza ni para cubrir los gastos...

TARUGO: (Seco) Es mi última oferta.

DOCTOR: (*Resignado*) Sea... (*Tarugo golpea las manos. Se acercan dos servidores*).

TARUGO: Traed mi cofre. (*Los ayudantes se alejan, sacan de la silla de manos el cofre y lo traen. Tarugo cuenta las piezas y las entrega. El doctor Gañote saca un gran pañuelo colorado, las envuelve y las ata a la punta de su bastón. Comienza el mutis*).

TARUGO: Un momento... un momento... ¿No esperáis a que Repollo ponga su primer diamante?

DOCTOR: (*Dramático*) No quiero ver mi propia desgracia. Dejadme al menos que me aleje... (*Repentinamente se vuelve como acordándose de algo*) Voy a despedirme de mi fiel Repollo. Luego me marcharé. Pienso pasar mis últimos años a la orilla del mar, como lo pasan todos los amantes infortunados, los generales en derrota y las tías solteras. (*Se acerca lánguidamente y mira con tristeza a Repollo. Este sonríe*) Adiós, mi buen Repollo. Sé fiel a tu nuevo amo como lo fuiste conmigo... Cuando pongas el primer diamante, acuérdate de mis sacrificios y desvelos... Cumple con solicitud... Siempre me acordaré de ti... Adiós... (*Solloza sobre el hombro de Repollo. Este, aplaude entusiasmado. Gañote enjuga sus lágrimas con la manga de la levita. De pronto recuerda*) Rápido, pronto: la ración de orejas de liebre... Faltan pocos minutos...

TARUGO: (*Imitándolo*) Rápido... mesa... mantel... servilleta... cubierto... que vengan esas orejas... (*Los servidores se atropellan, entran y salen. Gañote se acerca al oído de Tarugo y le susurra algo. Luego Tarugo se dirige a un servidor por señas. Hace que sí. El servidor desaparece*).

DOCTOR: Ahora puedo marcharme tranquilo... Dentro de pocos minutos (*Mira el reloj*), exactamente dentro de diez minutos, Repollo pondrá su primer diamante. (*A Tarugo*) Me marchó... Adiós, magnífico señor, y muchas gracias. (*Hace un saludo con la galera*) Por donde vaya contaré tu magnificencia y tus dotes para los negocios. (*A la comitiva*) Bellas damas, caballeros... adiós (*Otro galerazo*).

(*Los servidores regresan con lo pedido. Repollo da muestras de estar muy contento. Al final de la procesión de servidores, llegan otros dos llevando una inmensa vacinilla azul, absurda. La colocan en el centro del escenario*).

TARUGO: (*Frotándose las manos*) Estimado Repollo, ven acá. Tu cena está preparada. Debes portarte bien... y luego (*Mira la vacinilla*) ...y luego cumplirás con tu deber. (*Repollo se sienta, los aduladores lo rodean y come. Tarugo se pasea nervioso. Consulta el reloj a cada rato*).

TARUGO: (*Mirando el reloj*) Faltan apenas tres minutos. (*A Repollo, cariñoso*) Come rápido, querido Repollo. (*Repollo come desesperadamente. Por la derecha aparece un par de campesinos viejos. La mujer lleva en la cabeza un pañuelo y una manta en los hombros. El viejo un hatillo en la mano y una vara de mimbre*).

MUJER: Preguntaremos por aquí...

VIEJO: (*Terco*) No, mujer... será mejor que nos lleguemos a la ciudad... ya falta poco...

MUJER: (*Más terca aún*) Te digo que pueden haber pasado por aquí...

VIEJO: (*Dándose por vencido*). Bueno, mujer, bueno... ¡Qué cabeza de mula! (*Ambos se dirigen hasta donde está el grupo. En ese momento Tarugo guarda el reloj y dice con gran regocijo de los adulones*).

TARUGO: La hora ha llegado. (*A los sirvientes*) Sentadlo. (*Señala la vacinilla*) Rápido... (*Los sirvientes toman a Repollo de los brazos y lo levantan en vilo. Al mismo tiempo otros tratan de bajarle los pantalones. El viejo y la mujer dan un grito*).

MUJER y VIEJO: (*Al mismo tiempo*) ¡Repollo...! ¡Hijo mío! (*Señalan. Se abalanzan sobre los servidores y liberan a Repollo. Este se esconde detrás de los recién llegados hasta que termina de levantarse los pantalones*).

TARUGO: (*Solemne*) ¿Quién se atreve a interrumpir...?

SIRVIENTES: Este par de viejos, señor.

TARUGO: (*A los recién llegados*) ¿Quiénes sois?

VIEJO: Pascual Garbanzo y su mujer.

TARUGO: ¿Y por qué tanto alboroto?

MUJER: (*Decidida*) Queremos a nuestro hijo.

TARUGO: ¿A vuestro hijo?

VIEJO: Sí, señor.

TARUGO: ¿Y dónde está vuestro hijo?

MUJER: Delante de vuestros ojos (*Señalando a Repollo*).

TARUGO: (*Extrañado, a la mujer*) ¿Repollo es vuestro hijo?

VIEJO: (*Enarbolando la vara de mimbre*) ¿Queréis insinuar algo...? Es hijo nuestro y bien nuestro, aún

cuando se diga en el pueblo lo contrario. (*A la mujer*)
¿No es verdad, Pepa?

MUJER: (*Machacona*) ¡Qué sí, señor!

TARUGO: (*Imitándola*) ¡Pues ya no es más vuestro hijo!

VIEJO: ¿Cómo no?

TARUGO: Lo acabo de comprar.

MUJER: ¿Comprar...? ¿Comprar a quién?

TARUGO: (*Comenzando a ser invadido por la sospecha*) Al doctor Gañote...

VIEJO: (*Agitando la vara*) ¡Ah, pillo...! Decidme donde está ese sinvergüenza, que le voy a repujar las costillas...

TARUGO: (*Sombrío*) Acaba de marcharse a pasar sus últimos años a la orilla del mar...

VIEJO: De buena se ha librado...

MUJER: (*Con los brazos en jarras*) Fijáos, señor... La semana pasada ese sinvergüenza sacó de nuestro hogar con engaños al pobre Repollo... No diré que mi Repollo sirve para mucho... como habéis visto es algo faltado... pero en la casa hace sus trabajos: lleva el agua... cuida la burra... en fin, a nosotros nos es útil... y además es nuestro hijo.

VIEJO: Y ése sinvergüenza... (*Lo ahoga la cólera*).

TARUGO: (*Sacando fuerzas de flaqueza*) Repollo se quedará conmigo... Seréis recompensados...

MUJER: Con qué derecho...

TARUGO: Con el derecho de todo buen comprador. Acabo de pagar por él mil piezas de oro...

MUJER: (*Aspaventosa*) ¡Santo Cristo de las Arrugas!

VIEJO: ¿Y por qué habéis pagado tanto por él?

TARUGO: (*Angustiado y tembloroso*) ¿Por qué pagué? Porque...

VIEJO: En el pueblo nadie daría ni un cuarto.

TARUGO: (*Casi gimiendo*) Entonces no es verdad.. no es...

MUJER: ¿Qué cosa?

TARUGO: ¿Que Repollo es protogeo...?

VIEJO: Que protogeo ni que mula clueca... Es verdad que el pobre es algo redondo de la mollera, pero trabajador y útil lo es...

TARUGO: (*Desmayándose*) Al ladrón... al ladrón, me han robado, socorro, socorro.

Los servidores acuden presurosos. Tarugo se desmaya en brazos de uno de ellos. Los otros la emprenden a palos con el viejo y la mujer.

Las luces caen bruscamente. Los personajes de la Farsa quedan inmóviles. El Juglar del Tambor los retira y los coloca en el retablo, luego saca los personajes que jugarán al Auto Sacramental, los pone en situación y se dirige al público. Antes hace sonar su tambor.

JUGLAR DEL TAMBOR: Y ahora el último juego de la noche.

JUGLAR DEL PÍFANO: Una historia sombría.

JUGLAR DE LA MATRACA: Para que los jóvenes se vuelvan graves... para que los viejos entristezcan.

JUGLAR DEL TAMBOR: Pero para que todos recuerden que la risa y el amor son breves.

JUGLAR DE LA MATRACA: Y que por ello son importantes.

JUGLAR DE LA MATRACA: Lo más importante que hay en la vida...

JUGLAR DEL TAMBOR: (*Redoblando su instrumento*) Señoras y señores... Noble público presente... Se jugará ahora el Auto de Martín González.

Da tres golpes graves y solemnes. Los juglares se retiran. Las luces crecen de pronto y comienza el

AUTO DE MARTIN GONZALEZ

MARTIN: (*Sobresaltado*) ¡Mujer!

PAULA: (*Sorprendida*) ¿Qué quieres...?

MARTIN: ¿Y el niño...?

PAULA: (*Encogiendo los hombros*) Duerme...

MARTIN: Entonces... despiértalo.

PAULA: ¿Que lo despierte...?

MARTIN: (*A pesar suyo*) Sí. Despiértalo...

PAULA: (*Titubeando*) No sé por qué... A estas horas...

MARTIN: (*Enérgico*) ¡Que lo despiertes he dicho!

PAULA: (*Retrocediendo, atemorizada*) Pero... está muy dormido... Se aferra al sueño con tanta fuerza... Es claro... todo el día corrió en el patio montado en su caballo de caña... Quedó rendido... Ahora debe soñar con algodones o varillas de sauce, porque mueve la cabeza lentamente.

MARTIN: (*Volviéndose de espaldas*) Envuélvelo en una manta y vete con él a la casa de los Fuentes...

PAULA: ¿A estas horas...?

MARTIN: Es necesario (*se vuelve y la mira angustiada*). Antes de salir te diré lo que tienes que hacer...

PAULA: (*Acercándose intrigada*) Acaso los Castros...

MARTIN: No. No es eso. Ayer hicimos las paces con El Tuerto... Me pidió disculpas. Reconoció a regañadientes que la causa de todo fué él... La herida está sana... Por ahí no es.

PAULA: (*Rápida*) ¿Qué quieres decir con "por ahí no es". Es acaso...

MARTIN: (*Brusco*) Te dije que envuelvas al niño y que lo llesves a casa de José...

PAULA: (*Resuelta*) No. Hasta que me expliques...

MARTIN: (*Titubea. Luego en tono de súplica*) Te lo ruego... No hay tiempo que perder (*Se refriega las manos*) Luego te lo explicaré todo (*Como si pensara en voz alta*) Nadie más que yo tiene la culpa de todo...

PAULA: ¿Culpa? ¿Culpa...? ¿Por qué culpa? ¿Qué ocurre con el niño...? No me iré si no hablas.

MARTIN: (*Cerrándose sobre sí mismo*) Nada. De nada tengo que darte cuenta. (*La mujer se mantiene erguida*). Tienes que llevar al niño... Eso es todo. Le dices a José... No. Tu misma le cortas el pelo en cuanto llegues.

PAULA: (*Sorprendida*) ¿El pelo...?

MARTIN: Lo más corto posible. Ahora vete. Ya sabes... (*La mujer permanece inmóvil*) ¿Qué esperas...? Vamos...

PAULA: (*Decidida*) La verdad... Después me iré...

MARTIN: (*Violento*) ¡Te marchas o te...!

PAULA: (*Impasible*) Lo que quieras, pero primero me dices qué ocurre con el niño.

MARTIN: (*Que ha avanzado amenazante, se detiene. Desarmado, baja los ojos. Se vuelve luego hacia la*

ventana y mira a lo lejos. Habla con voz opaca) Es largo de contar...

PAULA: (*Manteniendo su actitud*) Entonces comienza.

MARTIN: (*Tratando de eludir*) ¿Qué día es hoy?

PAULA: (*Idem*) Viernes.

MARTIN: No... la fecha.

PAULA: Trece de abril...

MARTIN: (*Con voz trémula*) Hoy comienza la Pascua, ¿no es verdad?

PAULA: Hoy comienza.

MARTIN: (*Haciendo memoria*) "Cubrir al niño con una manta nueva mientras esté dormido..."

PAULA: (*Desconcertada*) El niño duerme... (*Impaciente*) De una vez...

MARTIN: (*Idem*) "En la cabecera un jazmín. El jazmín es la flor de la luna y de todas las cosas muertas..."

PAULA: ¿Has bebido de más...? Hablemos del niño.

MARTIN: (*Volviéndose angustiado*) Cuanto antes... Tienes que llevarlo... ¿Cuánto falta para la medianoche...?

PAULA: Media hora. Hace un momento sentí en la torre dar una campanada.

MARTIN: (*Idem*) Entonces no te sobra el tiempo. Apenas si tienes media hora para llegar... ¡Por favor Paula...!

PAULA: Primero a tu cuento...

MARTIN: (*La voz llorosa*) No me creerás... Nadie puede creerlo...

PAULA: No importa...

MARTIN: (*Apretándose las manos*) La culpa es del Tuerto... y de Miguel... Los dos me llenaron la cabeza... Estábamos algo borrachos...

PAULA: No sé de que hablas... No haces sino recular como una mula...

MARTIN: (*Reprochándose*) ¿Por qué fuí...? ¿Por qué? Estuvimos bebiendo hasta la una...

PAULA: Sigue.

MARTIN: La cabeza me daba vueltas. Sentía como si a lo lejos cayese una gota de agua en un charco. El sonido era muy triste... Parecía un llamado...

PAULA: Sigue... Sigue...

MARTIN: Al Tuerto le da por hablar de la muerte cuando está borracho.

PAULA: También por el cuchillo.

MARTIN: (*Con fastidio*) ¿Quieres callarte?

PAULA: Está bien. Sigue...

MARTIN: Lloraba y se babeaba: "Hermano... hermano, —me dijo golpeando sobre la mesa— quisiera ser ahijado del caminante... No me quiero morir... No me quiero morir... Esa es la única forma de escapar...". Trató de incorporarse. Volvió a sollozar: "Alguien puede decirme en dónde está. ¡Quiero que venga...! ¡Quiero ser su ahijado...! ¡No quiero morir-me...!".

PAULA: Ideas flojas... Ideas de borrachos...

MARTIN: Pensé en el niño... Pensé en todo lo que nos costó... "Algún día llegará a viejo, me dije, y no podrá beber la luz como ahora, corriendo en el camino... Algún día sólo tendrá para beber la arena de su propia fatiga".

PAULA: De una vez...

MARTIN: Espera... Me levanté. Todos me miraron. Debí tener una cara espantosa. Dí un golpe en la mesa. "Quiero verlo... Yo también quiero verlo", grité. "Es por el niño... No es por mí... Es por el niño. Quiero verlo".

PAULA: (*Curiosa*) ¿Entonces...?

MARTIN: Nadie me respondió. El Tuerto había dejado de sollozar. Se quedó dormido. Me eché al camino. Busqué la casa pensando y tratando de sacarme la idea con otra idea. Pero siempre estaba allí, sucia, sucia, como una mancha de grasa...

PAULA: (*Con avidez*) ¿Y luego?

MARTIN: Caminé por el callejón. Todo estaba en silencio. Me taponaba los oídos un algodón negro. Salió la luna. Comencé a sentir una fragancia de jazmines... Entonces fue cuando a mis espaldas comenzaron a sonar las pisadas... Sonaban como si alguien caminase sobre hojas secas, sobre hojas de álamos. No quise volverme... Pensé que sería algunos de los que habían quedado en el mostrador. ¡Me miré los pies! Vi la tierra floja y limpia como harina. Me detuve. Caí en la cuenta de que no había hojas... Esperé...

PAULA: (*Los ojos inmensos, acercándose*) ¿Era...?

MARTIN: (*Con un hilo de voz*) Sí... Era...

PAULA (*Medrosa*) Y... ¿qué te dijo...?

MARTIN: Me habló del niño... Sonreía como si estuviese mirando una manzana o una brizna de pasto llevada por la corriente, río abajo...

PAULA: (*A media voz*) No... No... Estabas borracho...

MARTIN: Yo también quiero pensar eso... Tiene que ser así... Hoy se cumple el plazo... Porque me

dijo: "Iré a tu casa a la medianoche del primer día de la Pascua. Espérame con el niño. Cúbrela con una manta. Ponle un jazmín en la cabecera. El jazmín es mi flor, la flor de la luna y de todas las cosas muertas...". La voz era triste como un viento silbando entre hilos. "Seré su padrino... Seré su padrino...". Y sonreía, sonreía...

PAULA: (*Angustiada*) ¿Le prometiste esperarlo?

MARTIN: Sí. Le prometí esperarlo... No supe lo que hacía... Estaba borracho. Nos separamos en la encrucijada... El sonreía siempre... (*Pausa*)

PAULA: (*Reflexionando*) No ha de venir... Es imposible todo eso... Fue el vino...

MARTIN: ¿Y si acaso es...?

PAULA: ¿Verdad...?

MARTIN: Sí...

PAULA: (*Resuelta*) Pues... Lo recibimos... ¿No dijiste que los ahijados suyos no se mueren jamás?

MARTIN: Es lo que la gente dice... Pero...

PAULA: Algo más...

MARTIN: Es que temo...

PAULA: ¿Miedo...? ¿Por qué miedo...?

MARTIN: Que las cosas salgan de otro modo.

PAULA: No entiendo...

MARTIN: Que se lleve al niño consigo... Mira: cada vez que me hablaba del niño me miraba de reojos y sonreía, se acariciaba suavemente el dorso de la mano... Cuando le mostré el retrato que siempre llevo conmigo me dijo extraño: "Los cabellos son hermosos... realmente hermosos".

PAULA: Por eso quieres...

MARTIN: Debes hacerlo... Falta poco para la medianoche.

PAULA: Y ¿si me preguntan...?

MARTIN: Le mientes cualquier cosa... Pero por favor bien corto para que no pueda reconocerlo.

PAULA: Y tú, ¿qué harás?

MARTIN: Me quedaré a esperarlo... Lo demoraré hasta tu regreso...

PAULA: ¿Y tú crees que lo podremos engañar...?

MARTIN: Depende de nosotros... No hay que vacilar.

PAULA: ¿Podremos...?

MARTIN: *(Resuelto)* Podremos... Ahora llévate al niño... Estamos al borde de la medianoche...

(La mujer sale por la izquierda. Martín baja la lámpara y despabila la mecha. La mujer regresa con el niño. El labrador la acompaña hasta la puerta derecha. Sale).

MARTIN: *(Gritando)* No te olvides... Bien corto... Lo más corto que puedas. *(Se queda largo rato en el marco. Luego cierra la puerta y vuelve hacia la mesa. Aparta los cubiertos y platos y apoya los codos, pensativo. A la distancia se escucha un cencerro. Martín levanta la cabeza y escucha. Se incorpora nervioso y va hacia una ventana. La abre. El sonido llega más claro).*

MARTIN: *(A media voz)* ¿El...? ¿Será él...?

(Alguien canta. El cencerro vuelve a sonar, esta vez desvaído y más lejano).

MARTIN: *(Cerrando la ventana)* No. Son los boyeros que van al monte *(Estremeciéndose)* Hace frío... *(Cierra la ventana. Pero sigue mirando a través de los*

vidrios) Seguramente no vendrá... No puede ser verdad... Estuve borracho...

(La puerta se abre lentamente. El Caminante penetra en silencio. Viste de gris. La chaqueta y el pantalón son de tela grosera. Lleva en una mano un bastón nudoso; en la otra, un morral. Cuelga en el perchero el poncho y el morral, lentamente. Luego se dirige hacia Martín).

EL CAMINANTE: *(Suave)* Martín... Martín... Aquí estoy...

MARTIN: *(Pegándose al muro aterrorizado)* No... No... No puede ser...

EL CAMINANTE: *(Sonriendo)* Aquí estoy...

MARTIN: *(Balbuceando como si tuviese el filo de un cuchillo en la garganta)* Entonces fue verdad... lo de aquella noche...

EL CAMINANTE: Todo fue verdad... todo.

MARTIN: *(Dándose por vencido)* Es que temía...

EL CAMINANTE: *(Comprensivo)* Sí. Me imaginaba... *(Con intención)* ¿Me ofreces silla?

MARTIN: *(Hacia el centro, en forma atropellada)* Disculpe... *(Toma una silla)* Aquí tiene usted...

EL CAMINANTE: *(Apoyando los brazos en el respaldo)* ¿El niño...? ¿Duerme?

MARTIN: *(Turbado)* Fue... fue... a pasar unos días con el abuelo... En el pueblo vecino...

EL CAMINANTE: *(Sorprendido)* ¿Cómo...? Quedamos en que esta noche lo iba a hacer mi ahijado...

MARTIN: *(Idem)* Pensé que todo aquello... no era sino desvaríos de borracho... No quise alarmar a mi mujer...

EL CAMINANTE: No importa... Puedes mandarlo a buscar... Esperaré...

MARTIN: (*Apresurándose a contestar*) No... No... Es que ayer viajaron con el abuelo hacia los valles... El abuelo dijo que no volverían hasta la semana próxima... (*Sonríe forzado*).

EL CAMINANTE: (*Moviendo la cabeza con pesadumbre*) Cuánto lo siento... Cuánto lo siento... Y yo que no podré volver hasta el año que viene, para esta misma fecha (*Martín sonríe abiertamente y asiente con la cabeza*).

MARTIN: (*Regocijado*) La abuela insistió tanto en llevárselo...

EL CAMIANTE: (*Yendo hacia la ventana pensativa*) Es una lástima... es una lástima... Cualquier cosa que le pasare hasta entonces sería fatal... Y yo no podría hacer nada, absolutamente nada... Antes no puedo volver... Mi trabajo siempre está por comenzar...

MARTIN: Como el nuestro, ¿verdad? como el nuestro...

EL CAMINANTE: (*Mirando a través de los vidrios*) También siembro, pero mis semillas nunca brotan. Las semillas que entierro, son semillas sin esperanzas... Sin embargo, quizá algún día...

MARTIN: (*Comprensivo*) Pero esa seguridad le salva de la angustia de las plagas, del granizo, de las parvas incendiadas...

EL CAMINANTE: (*Amargo*) Sembrador... Sembrador...

MARTIN: Ni el hielo, ni el agua... ni las orugas...

EL CAMINANTE (*Volviéndose*) ¿Las orugas...? ¿Las orugas...? Las vuestras al menos se convierten en mariposas. Las crisálidas que yo entierro, las entierro para siempre. Viene el otoño, pasa el invierno, llega la primavera y los capullos siguen iguales, siempre iguales, con el peso de la tierra en el pecho como un escapulario...

MARTIN: Es verdad... es verdad... (*Pausa. Ambos quedan pensativos*).

MARTIN: (*Tratando de romper el silencio*) Pues que sí... Siento que se hayan llevado al niño...

EL CAMINANTE: (*Sin dejar de mirar la ventana*) También yo...

MARTIN: Haberse molestado para que...

EL CAMINANTE: El que pierde es él...

MARTIN: ¿Pierde...?

EL CAMINANTE: ¿No recuerda? Mis ahijados...

MARTIN: Sí... Sí... Comprendo...

EL CAMINANTE: Ese era su deseo...

MARTIN: Sí... Sí... era...

EL CAMINANTE: Todavía lo es... ¿Verdad...?

MARTIN: (*Más turbado aún*) Sí... Sí... Todavía...

EL CAMINANTE: Y yo no podré hacer nada durante todo el año.

MARTIN: (*Interesado*) Pero ¿está usted seguro...? Es decir, que siendo su ahijado, ¿nada habrá de pasarle?

EL CAMINANTE: ¿No le basta mi palabra...?

MARTIN: Es verdad... Pero...

EL CAMINANTE: ¿Duda...?

MARTIN: Hay motivos...

EL CAMINANTE: Deséchelos... Volveré... Hasta entonces, cuídelo bien... El año próximo sabré encontrarlo... Tiene el cabello largo, muy largo... casi hasta los hombros...

MARTIN: *(Sobresaltado)* Así es...

EL CAMINANTE: *(Sonriendo)* No podré olvidarme nunca... Es hermoso... muy hermoso... *(Se dirige a la puerta. Al pasar recoge el poncho y el morral del perchero. En el reloj de la torre dan las doce).*

MARTIN: *(Suspira aliviado)* Las doce...

EL CAMINANTE: Comienza mi tarea... Debo salir al campo *(Toma el bastón. Se echa el morral a la espalda. La puerta se abre. La mujer penetra agitada en la habitación).*

PAULA: Martín... Ya está todo... *(Se detiene al ver al desconocido. Saluda con una leve inclinación de cabeza)* Disculpe usted... Buenas noches.

MARTIN: *(Desasosegado)* El señor, Paula... el señor es de quien te hablé... con quien conversamos del niño cerca de la encrucijada *(La mujer retrocede haciendo un gesto de asco. El Caminante se inclina respetuoso).*

PAULA: Desea... *(Hace un ademán incierto).*

EL CAMINANTE: Estaba a punto de marcharme. Mi tiempo es escaso... Sin embargo volveré el año próximo...

PAULA: *(Indecisa)* ¿Volverá...?

EL CAMINANTE: No me olvidaré del niño. Tiene un rostro hermoso... El rostro más hermoso que he visto... *(Se dispone a salir)* Hasta el año próximo y gracias por haberme elegido padrino.

MARTIN: *(Conteniendo el temor)* Hasta entonces...

PAULA: (*Idem*) Adiós...

(*El Caminante abre la puerta pero de pronto se queda inmóvil como si hubiese recordado algo. Vuelve a entrar*).

EL CAMINANTE: (*Dejando sus cosas en el suelo*) Estoy en un apuro (*Saca una libreta del bolsillo*) La casa de José Fuentes... (*Vuelve varias páginas*) Sí, de José Fuentes...

MARTIN: (*Ahogado*) Detrás del callejón nuevo...

EL CAMINANTE: En cambio aquí dice frente al hospital... ¿Por dónde debo ir?

MARTIN: (*Apretando el brazo de su mujer que se tapa la boca*) No sé... bien... Además...

EL CAMINANTE: (*Sonríe. Guarda el libro y recoge sus cosas*) Es una lástima. Debo buscar allí, un niño de más o menos tres años... como el vuestro. En edad me refiero... Pero este tiene cabello corto... muy corto... (*Abre la puerta y sale. La mujer se deja caer en una silla sollozando. Martín permanece inmóvil durante unos segundos. Luego se lanza hacia la puerta y se pierde en la noche gritando:*)

MARTIN: ¡Espere... espere... espere...!

Las luces caen bruscamente. La figura de la escena queda inmóvil. Los juglares regresan, sacan los elementos de utilería de la escena, toman de la mano a Paula, la levantan y la conducen al retablo donde la dejan. Luego, ceremoniosamente, cierran muy despacio la cortina americana y hacen una grave reverencia mientras cae el

TELON

PAULA: (*Idem*) Adiós...

(*El Caminante abre la puerta pero de pronto se queda inmóvil como si hubiese recordado algo. Vuelve a entrar.*)

EL CAMINANTE: (*Dejando sus cosas en el suelo*) Estoy en un apuro (*Saca una libreta del bolsillo*) La casa de José Fuentes... (*Vuelve varias páginas*) Sí, de José Fuentes...

MARTIN: (*Ahogado*) Detrás del callejón nuevo...

EL CAMINANTE: En cambio aquí dice frente al hospital... ¿Por dónde debo ir?

MARTIN: (*Apretando el brazo de su mujer que se tapa la boca*) No sé... bien... Además...

EL CAMINANTE: (*Sonríe. Guarda el libro y recoge sus cosas*) Es una lástima. Debo buscar allí, un niño de más o menos tres años... como el vuestro. En edad me refiero... Pero este tiene cabello corto... muy corto... (*Abre la puerta y sale. La mujer se deja caer en una silla sollozando. Martín permanece inmóvil durante unos segundos. Luego se lanza hacia la puerta y se pierde en la noche gritando:*)

MARTIN: ¡Espere... espere... espere...!

Las luces caen bruscamente. La figura de la escena queda inmóvil. Los juglares regresan, sacan los elementos de utilería de la escena, toman de la mano a Paula, la levantan y la conducen al retablo donde la dejan. Luego, ceremoniosamente, cierran muy despacio la cortina americana y hacen una grave reverencia mientras cae el

TELON

PAULA: (*Idem*) Adiós...

(*El Caminante abre la puerta pero de pronto se queda inmóvil como si hubiese recordado algo. Vuelve a entrar*).

EL CAMINANTE: (*Dejando sus cosas en el suelo*) Estoy en un apuro (*Saca una libreta del bolsillo*) La casa de José Fuentes... (*Vuelve varias páginas*) Sí, de José Fuentes...

MARTIN: (*Ahogado*) Detrás del callejón nuevo...

EL CAMINANTE: En cambio aquí dice frente al hospital... ¿Por dónde debo ir?

MARTIN: (*Apretando el brazo de su mujer que se tapa la boca*) No sé... bien... Además...

EL CAMINANTE: (*Sonríe. Guarda el libro y recoge sus cosas*) Es una lástima. Debo buscar allí, un niño de más o menos tres años... como el vuestro. En edad me refiero... Pero este tiene cabello corto... muy corto... (*Abre la puerta y sale. La mujer se deja caer en una silla sollozando. Martín permanece inmóvil durante unos segundos. Luego se lanza hacia la puerta y se pierde en la noche gritando:*)

MARTIN: ¡Espere... espere... espere...!

Las luces caen bruscamente. La figura de la escena queda inmóvil. Los juglares regresan, sacan los elementos de utilería de la escena, toman de la mano a Paula, la levantan y la conducen al retablo donde la dejan. Luego, ceremoniosamente, cierran muy despacio la cortina americana y hacen una grave reverencia mientras cae el

TELON

PAULA: (*Idem*) Adiós...

(*El Caminante abre la puerta pero de pronto se queda inmóvil como si hubiese recordado algo. Vuelve a entrar*).

EL CAMINANTE: (*Dejando sus cosas en el suelo*) Estoy en un apuro (*Saca una libreta del bolsillo*) La casa de José Fuentes... (*Vuelve varias páginas*) Sí, de José Fuentes...

MARTIN: (*Ahogado*) Detrás del callejón nuevo...

EL CAMINANTE: En cambio aquí dice frente al hospital... ¿Por dónde debo ir?

MARTIN: (*Apretando el brazo de su mujer que se tapa la boca*) No sé... bien... Además...

EL CAMINANTE: (*Sonríe. Guarda el libro y recoge sus cosas*) Es una lástima. Debo buscar allí, un niño de más o menos tres años... como el vuestro. En edad me refiero... Pero este tiene cabello corto... muy corto... (*Abre la puerta y sale. La mujer se deja caer en una silla sollozando. Martín permanece inmóvil durante unos segundos. Luego se lanza hacia la puerta y se pierde en la noche gritando:*)

MARTIN: ¡Espere... espere... espere...!

Las luces caen bruscamente. La figura de la escena queda inmóvil. Los juglares regresan, sacan los elementos de utilería de la escena, toman de la mano a Paula, la levantan y la conducen al retablo donde la dejan. Luego, ceremoniosamente, cierran muy despacio la cortina americana y hacen una grave reverencia mientras cae el

TELON

